

Chupicio, y atado á Milosio á la cola del caballo? ¿Ha sosegado la tierra de Servia? ¿Vuelve á casa el capitán Chilino? ¿Conduce el ejército de la altiva Bosnia? ¿Viene á mí? ¿Estará aquí pronto? ¿No trae cabras de Macia? ¿No conduce esclavas servias, sumisas á mis mandatos? Decídmelo, ¿cuándo vendrá Chilino? ¿cuándo le esperaré?

» Hablan entonces los dos cuervos: — ¡Oh señora, esposa de Chilino, hubiéramos querido ser portadores de buenas nuevas; pero oye lo que ha pasado. Venimos de allá abajo, de Schappa, la blanca ciudad, de Misara, la vasta campiña; hemos visto huestes turcas al rededor de Schapa, la blanca ciudad, y en el ejército á los jefes, y á tu señor, el capitán Chilino, y á Jorge el Negro en Misara, la vasta campiña. Jorge al frente de quince mil Servios, y tu capitán Chilino al frente de cien mil Turcos. Vimos allí el choque de ambos ejércitos, en Misara, la vasta campiña. Los jefes turcos sucumbieron. El capitán Chilino no viene ni volverá. No le aguardes. Educa á tu hijo; envíale á la guerra: la Servia no puede aquietarse.

» Cuando esto oye la esposa de Chilino, grita como sierpe irritada; luego dice: — ¡Ay cuervos! ¡Malas nuevas me traéis! Decídmelo, hermanos en Dios, ¿sabéis el nombre de alguno de los jefes que han perecido, de la ilustre Bosnia pedregosa?

» Contestan los dos cuervos: — Los sabemos todos; los nombraremos á todos, y dirémoslos que faltan. Falta el capitán Mernedo, de Zvornico, la blanca ciudad. Le mató Milosio de Pogeria...

» Al oír esto la esposa de Chilino, llora á mares, se queja á modo de cuclillo y se agita como golondrina: sus imprecaciones son terribles: — Blanca Schapa, ¡quiera el Cielo que no vuelvas á blanquear, sino que te consuma llama viva, ya que junto á ti cayeron los Turcos! Jorge el Negro, ¡ojalá que mueras! Desde que has acampado, muchas madres se han quedado sin hijos, muchas esposas sin maridos, muchas hermanas sin hermanos; á mí me has traspasado el pecho, privándome de mi señor, de mi señor el capitán Chilino. Sacerdote Lucas, ¡ojalá perezcas de tus heridas, pues has muerto á Sinano, el bajá que sabe aconsejar á la Bosnia. ¡Oh Milosio! ¡que el fusil te mate! Has muerto al capitán Mernedo, que fué el ala derecha de toda Bosnia y de los confines. ¡Oh Jacobo! ¡hiérte Dios, permanezcan desiertas tus casas! ya que has muerto al capitán Devenito. ¡Oh Chupicio! ¡acósete las desgracias! pues has dado muerte á Musa de Saraievo. ¡Oh Somillánico! ¡huya de ti la alegría! ya que ha sucumbido á tus golpes Asa de Vesiva, el hombre más hermoso de Bosnia. ¡Oh Guinzaro! ¡que Dios te hiera! ¿Es poco el mal que haces á Turquía, para que trates de hacerlo también en la tierra germánica? pues has muerto al capitán Ostroccio, tierno jóven, único apoyo de su madre sin ventura.

» Esto dice y lucha con la muerte, Cae y no vuelve á levantarse, víctima de su agudísimo dolor. »

Hoy esta lengua expresa aun los gemidos y las esperanzas de los Cristianos oprimidos; y hace poco que un poeta ilírico (Ogneslaw Ostroziuski) cantaba como sigue:

El eco del Balkan.

« ¡Oh, lágrimas de los Cristianos de la Bulgaria, de la Herzegovina y de la Bosnia!

» La aurora brilla para el mundo entero: solo el Balkan no tiene día. En un piélago de amargas lágrimas arde, arde la profunda llaga, hecha por la esclavitud.

» ¡Esclavitud vil, esclavitud desastrosa! ¿Cuándo llegarás al término? ¿Cuándo asomará el sacro y dichoso sol que debe alumbrar esta oscura noche?

» En las mas distantes regiones resplandece ya el día de la libertad y de la verdad. Ya protege á los pueblos salvajes el áureo escudo de los sagrados derechos.

» Solo los bosques del Balkan resuenan con gritos de dolor. Allí la libertad no tiene templo; allí resuenan las cadenas de la esclavitud llevadas por Cristianos.

» Hasta en las comarcas mas ocultas penetra la palabra de la fe, á fin de que el sol de la emancipación despunte para todos, y la incredulidad desaparezca.

» Pero donde se oyó antiguamente la palabra del Salvador, donde las empresas de un tiempo son como un espejo para toda alma vigorosa, allí se desmorona el templo de la fe.

» Oyeme, pues, ¡oh Padre Omnipotente! en cuyo seno todos los mundos se unen; tú, que me diste los ojos á fin de que vea la verdad, oye á tu criatura.

» Á los piés de una roca escarpada está sentado un pobre búlgaro, oprimido por el dolor; y sin embargo, levanta su mirada hacia ti. Señor, ten piedad de nosotros.

» ¡Ah! inspira á los pueblos amigos que comprendan al fin los afanes de sus hermanos. Recuérdales que nos sostengan en nuestra esperanza, que nos proporcionen la libertad.

» Oíd, ¡oh pueblos! hijos de la gloria, hijos de una madre de héroes. Vuestro corazón no es un muro, ni gozará en las desgracias de sus hermanos.

» Recordad la gloria de vuestros abuelos, su gloria inmortal. El Eterno os ordena amar á vuestros hermanos, pueblos, según la ley de Dios.

» ¡Salid de vuestro letargo! La gloria os aguarda. Laureles verdes é inmortales esperan al ejército de héroes, como recompensa de la victoria.

» Despertáos ¡oh pueblos! Oíd los gemidos de los niños (no finjo); ved cómo el Turco brutal arranca las hijas á sus madres.

» Oíd los llantos de Mostar. En el helado invierno andan errantes los ancianos, y bañan los bosques con su sangre. Oíd cómo llaman en vano á sus hijos;

» Á sus hijos presos ó muertos. Oíd á la madre, que invoca el castigo del Cielo para esos hombres feroces y se arranca sus blancos cabellos.

» Ved al recién nacido, á quien la nieve sirve de faja, y que yace junto á su madre: la muerte los ha mecido á entrambos en la fría cuna del hielo.

» Ved á cinco huérfanos con su madre, desnudos y hambrientos. « Dadnos pan, exclaman; tres días há que no comemos pan.

— Hijos míos, tened hoy también paciencia, hasta que llegemos á casa. Pronto acabará esta vida de desolación, esta vida llena de afanes. »

» Así aquietada la madre á sus hambrientos hijos, haciendo brillar á sus ojos un rayo de esperanza. Entonces el menor dice con su natural candidez: « El Turco ha quemado nuestra casa, ¿dónde está ahora nuestro asilo? »

» Corre un arroyo de lágrimas por las pálidas mejillas de la madre, y levantando los ojos al cielo dice: « Allí, hijos míos, está nuestra casa. »

» La aurora despunta para el mundo entero; solo el Balkan no tiene día. En un piélago de amargas lágrimas, arde la profunda llaga hecha por la esclavitud.

» Alejandro, domador de Persia; Castrioto, cuyas hazañas celebra el Turco, y vos Crallewich, ojo de Prizerna.

» Estrella de mejores tiempos, que no empaña nube alguna, sacudíos en vuestras tumbas! ¡Mirad! Esta es vuestra patria, abrumada de cadenas.

» Alejandro, tomad vuestra espada; Castrioto, Crallewich, tomad la lanza y el escudo; que cada uno se esfuerce en reconquistar el bien perdido. »

Concluyamos, transcribiendo dos mas, traducidos al italiano por Guerrazzi:

El ban de Croacia.

« Había una vez un ban en la Croacia, ciego del ojo derecho y sordo del oído izquierdo; con el ojo derecho miraba la miseria de su pueblo, y con el oído izquierdo escuchaba las quejas de los vaivodas. El que poseía víveres abundantes era acusado, y el que era acusado moría; así hizo cortar la cabeza á Umanai, bey, y al vaivoda Yambolic, apoderándose luego de sus Estados. Al cabo Dios, irritado de sus crímenes, envió espectros para que le atormentasen, y todas las noches veía al pié del lecho á Umanai y Yambolic, que le miraban fijamente con ojos lívidos. Despues, á la hora en que las estrellas empiezan á ponerse pálidas y el cielo se tñe con un ligerísimo tinte rosado, los dos espec-

tros; cosa horrible! se inclinaban como para saludarle de burla, y sus cabezas caían y rodaban por la alfombra. Entonces el ban podía dormir. Cierta noche, noche fría de invierno, Umanai habló y dijo: « Mucho tiempo há que te saludamos, ¿por qué no nos devuelves el saludo? — El ban se levantó trémulo, y cuando se inclinaba para saludar, su cabeza cayó y rodó por la alfombra. »

Jeduque moribundo.

« Ven á mí, antigua águila blanca, ven á mí. Soy Gabriel Yapol, que te ha alimentado muchas veces con la carne de los Panduros, mis enemigos. Estoy herido, me siento morir; pero, antes de dar á tus aguiluchos mi corazón, mi gran corazón, préstame, te ruego, un buen servicio. Coge con tus garras mi morral vacío, y llévalo á mi hermano Jorge para que me venga. En mi morral habia doce cartuchos, y allí ves doce Panduros tendidos sin vida á mi lado; pero eran trece, y el último, el cobarde Botzai, me hirió por la espalda. Coge, antigua águila blanca, con tus garras este lienzo bordado, y llévalo á la hermosa Kava para que me lllore. — Y el águila llevó el morral vacío al hermano Jorge, y le encontró ebrio de aguardiente, y llevó el lienzo á la hermosa Kava, y la encontró que iba á casarse con Botzai. »

§ 18. CANTOS BOHEMIOS.

La Bohemia se dedicó, con mas ardor aun que los demas pueblos eslavos, á buscar sus tradiciones nacionales, y Hanka, bibliotecario del Museo nacional bohemio, logró en 1819 descubrir, en un manuscrito del siglo XII, fragmentos de poemas de las edades primitivas de Bohemia (*Rukopis kralove dworski*) que fueron ilustrados por las dos lumbreras de la literatura bohemia, Safarik y Palacky. Se parecen á los romances españoles; algunos son líricos, otros épicos, y la mayor parte de los primeros se remontan á los tiempos de la idolatría.

El mas antiguo de la colección es este:

« Al través de los montes y las selvas vaga un ciervo, salta, corre por los valles, lleva á lo lejos sus cuernos ramosos. Con los ramosos cuernos entra en la espesura y se lanza en medio de los bosques.

» Un jóven vaga en la montaña, lánzase á duras luchas al través del valle y levanta las armas atrevidas. Con sus atrevidas armas disipa multitud de enemigos.

» Léjos, ¡oh jóven de la montaña! De improviso los enemigos salvajes se arrojan sobre él; contra él de improviso giran sus siniestros ojos, centellantes de cólera; le hieren el pecho con las furibundas hachas, y el bosque repite sus doloridos ayes.

» ¡Su alma se va, el alma dulce del joven! Huye al traves de su hermoso cuello herido, al traves de su puro cuello, de sus rosados labios.

» ¡Allí yace tendido! su alma huye con la caliente sangre que se desliza; él solo bebe ávidamente su caliente sangre. Todas las jóvenes están llenas de dolor; lleno de dolor su corazón.

» El joven reposa en la fría tierra, la encina crece sobre él, desde la raíz á las ramas; sus hojas se extienden á lo lejos. Y el ciervo vaga con sus ramosos cuernos, se lanza con rápidos saltos y levanta el esbelto cuello hácia el follaje.

» De toda la selva acuden á la encina gavilanes con las alas tendidas; todos graznan en la punta de la encina. El joven cayó; cayó por la cólera de sus enemigos; al rededor del joven toda doncella llorará.»

Göthe tradujo el que sigue:

«Un soplo de viento sale del bosque; una doncella se dirige al arroyuelo. La doncella saca agua con un cubo ceñido de hierro; la corriente lleva á sus manos un oloroso ramo de violetas y rosas.

» Flor olorosa, por saber quién te sembró en la tierra ligera, daría gustosa mi anillo de oro.

» Hermoso ramo, por saber quién te ha atado con corteza fresca, daría gustosa la punta de mis cabellos.

» Hermoso ramo, por saber quién te arrojó en el arroyuelo, daría gustosa la guirnalda de mi cabeza.»

Inclínase la doncella para coger el ramo; pero cae, ¡ay de mí! en la helada corriente.

Son objeto de las epopeyas las luchas entre la raza eslava y los Turingios, dos siglos ántes de su conversión al Cristianismo, cuando adoraba aun á las aves de rapiña y á los árboles, y se ponía en guerra con las tribus sacrílegas que habían cortado las encinas sagradas y arrojado del nido á los gavilanes. Otras versan sobre las guerras de los Bohemios con la Polonia en el siglo XI, hasta que Yazomiro recobra á Praga; otras sobre las miserias del siglo XIII, durante la tutela del margrave sajón de Brandeburgo; otras, por último, se refieren á la invasión mogola de los Gengiskánidas.

La hija de un kan de estos, hermosa como la luna, habiendo oído decir que hácia Poniente había un país, se dirigió á él, y fué causa de guerra; porque, siendo muerta en el camino, el kan celebró con los suyos un consejo, y después de consultar las varitas adivinatorias, marchó á Occidente, ocupó á Kief y Novogorod, y delante de Olmütz, presentó la batalla final; pero el valor de Yaroslaf Sternberg salvó la Bohemia del furor de los Tártaros.

— ¡Ay de mí! levántase un rumor, se oye un espantoso gemido. ¡Ay de mí! ya los Cristianos huyen derrotados, y detras van los furiosos Tártaros, lanzando alaridos salvajes.

Pero Yaroslaf acude, semejante á un águila: robusto acero cubre el pecho del fuerte; bajo

el acero palpitan el heroísmo y el valor; bajo el yelmo brillan los ardientes ojos del capitán; el heroísmo fulgura en su mirada de fuego. Devorado de furor, como leon rugiente á la vista de la fresca sangre, cuando atravesado por la flecha se avalanza al cazador, salta Yaroslaf sobre los Tártaros.

En pos de él van los Bohemios, como lluvia de granizo. Arrójase Yaroslaf furibundo contra los hijos de Cublai, y empieza un terrible combate. Se acometen con las espadas, que saltan en pedazos. Yaroslaf, en su caballo cubierto de sangre, hiere al hijo de Cublai, le hiende los hombros y el pecho, y el cadáver cae á sus piés. Sobre él resuenan arcos y aljabas.

La turba salvaje de los Tártaros queda aterrada; lanza á lo lejos venablos de seis piés de largo, y corre y se apresura cuanto puede hácia el lado donde el sol se levanta radiante. Y el Hana (1) se vió libre de la ira de los Tártaros.

En general son cantos de guerra, mas históricos que fantásticos, y en los que rara vez la fiereza es compensada por el sentimiento.

— Elévase en la Selva Negra una roca; sobre la roca trepa el fuerte Zaboí; mira por entre los árboles á todas partes, y el desierto se estremece en torno suyo; suspira como paloma; está sentado largo tiempo y se apacienta largo tiempo de su dolor. De repente se levanta á modo de ciervo. Al traves del bosque, al traves de los solitarios senderos, corre de hombre á hombre, de héroe á héroe, por todo el país; á todos dice breves palabras en secreto, inclinase ante los dioses y corre hácia otros.

Pasa un día y otro día, y cuando la tercera noche aparece la luna, los hombres se reúnen en la Selva Negra. Zaboí los conduce al valle, al oscuro bosque, al fondo mismo del valle. Á lo lejos bajo los árboles se coloca Zaboí, y toma su espléndida guzla.

«¡Oh hermanos de corazón, los de la mirada de fuego! ¡Os entono un canto; os le entono desde lo mas hondo del valle; brota del corazón, de lo mas íntimo del corazón, abrumado bajo tanta pena!

» Id á reuniros con los abuelos de vuestros padres; dejad en pos de vosotros en la tierra que habéis heredado á los hijos huérfanos, á las mujeres viudas, y á ninguno se diga: *Hermano, díles palabras de padre.*

» Luego va el extranjero con violencia á la tierra hereditaria, y allí reina hablando distinto idioma, y las costumbres de la tierra extranjera dan la ley á los hijos y á las mujeres; una sola compañera debe seguirnos, desde Wesna (diosa de la juventud), hasta Morana (diosa de la muerte).

» Del fondo de los bosques echan á los gavilanes, y ante los dioses que adoran los extranjeros tenemos que postrarnos y llevarlos nuestros ofrendas. Ya no debemos golpearlos la

(1) Vasta y fértilísima llanura de la Moldavia.

frente ante los dioses, ni llevarlos comida al anochecer; allí donde nuestro padre llevaba el alimento á los dioses, adonde iba á cantar sus alabanzas. Si han derribado los árboles, han roto y desparramado las imágenes de los dioses.

» Zaboí, tú cantaste, cantaste desde el fondo de tu alma. Entona tu canto; los dioses aman al bizarro cantor; canta, pues te es dado cantar desde el fondo del corazón contra nuestro enemigo.»

Zaboí lanza á los Eslavos una chispeante mirada, y turba su corazón, continuando así su canto:

«Dos mancebos, que apenas tienen acento de hombre, salieron del bosque. Allí con la espada y el hacha ejercitaron el brazo, allí permanecieron ocultos; de allí tornan á la alegría, y cuando sus brazos están ya robustos como de hombre, cuando sus ánimos se han aguerrido como de hombres contra sus adversarios, cuando los demas hermanos han crecido también, caen todos juntos sobre el enemigo, y su cólera es la tempestad del cielo, y recobra el país su antigua gloria.»

Todos se arrojaron sobre Zaboí, le estrecharon en sus vigorosos brazos, de corazón á corazón extendieron las manos; se cruzan de uno á otro prudentemente las palabras, y la noche se retira al despuntar la mañana, y salen uno á uno del valle, á lo largo de los árboles, á lo largo de todos los lados del bosque.

Pasó un día y otro; después del tercero, cuando desciende la oscura noche, Zaboí entra en el bosque, y detras de Zaboí una multitud de guerreros, todos llenos de fe en su guía, todos hácia él con las armas aguzadas.

«¡Sús, hermanos eslavos! á aquella montaña azul dirijamos nuestros pasos; ¿no véis allí, sobre la montaña donde el sol se levanta, aquella oscura selva? Tendamos hácia allí las manos. Subes esta colina á grandes saltos, como de zorra; yo subo también, para detenerme allí.

» Oh hermano Zaboí, ¡qué terribles deben resonar nuestras armas en lo alto de la montaña! Precipitémonos desde aquí sobre las cuadrillas del rey.

» ¡Oh hermano Slavoi! ¿quieres destruir al dragon? Písale la cabeza. Lo conseguirás, y su cabeza está aquí.»

Y la multitud se esparce por el bosque; corre á derecha é izquierda; aquí se adelanta, obediente á la voz de Zaboí, allí á la señal del impetuoso Slavoi, sobre la montaña azul, en el fondo de la selva.

El sol aparece por la quinta vez, y las manos de los héroes se tocan, y con saltos de zorra se lanzan sobre el ejército del rey. Todo su ejército perecerá, todo su ejército en una vez sola.

«Ludiek, no eres mas que un esclavo, un esclavo de los esclavos. Dí á tu hermano gemelo que su poderosa palabra es para nosotros igual á humo.»

Y Ludiek se estremece, y llama al ejército con repentino grito. El cielo brilla en derredor con su reflejo, y en el fulgor del sol resplandece el rayo del ejército del rey. Todos los piés están prontos para la carrera, todas las manos para el ataque, á la señal de Ludiek.

«¡Sús, hermano Slavoi! corre allí, á saltos de zorra. Yo les presento la frente.» Lánzase Zaboí, como nube tormentosa, y á su lado Slavoi.

«¡Cuidado, hermanos! Son los que hicieron pedazos á nuestros dioses, los que destruyeron nuestros árboles, y echaron á los gavilanes del bosque. Los dioses nos prometen la victoria.»

Mirad: una sonrisa salvaje se le escapa á Ludiek cuando innumerables asesinos marchan contra Zaboí. Zaboí se arroja contra Ludiek con ojos chispeantes; la tempestad impele la encina contra la encina, que se quebranta en el extremo de la selva. Zaboí se precipita sobre Ludiek, mucho ántes que el resto del ejército.

Ludiek que lo observa, se levanta con su espada y con su escudo cubierto de triple piel; Zaboí blande su hacha de armas. Ludiek se desvía, el hacha da contra un árbol, y el árbol cae sobre los guerreros; treinta de entre ellos van á reunirse con sus padres.

Ludiek es estremece: «¡Ah, lobo de los bosques! Dragon salvaje, lucha contra mí con la espada.» Y Zaboí se lanza con la espada; esta da sobre el escudo. Ludiek ha empuñado la espada, pero esta se desliza sobre el escudo de cuero. Entrambos se inflaman, se buscan, cubren la tierra de sangre, y con la sangre las chispas saltan á su alrededor.

El sol está á la mitad de su carrera; llega la noche y aun dura el combate, sin decidirse por ninguno. Tan bien había luchado Zaboí, tan bien había luchado Slavoi.

«Ve á Bies, ¡oh vil! ¡cómo! ¿quieres beber nuestra sangre?» Zaboí empuña su hacha; Ludiek se desvía; Zaboí blande su hacha en el aire, la blande sobre el enemigo, cae, el escudo se rompe, y se rompe el pecho de Ludiek. Bajo el hacha, su alma sucumbe; porque el hacha hirió el alma, y saltó en medio del ejército á mas de veinte pasos.

Un grito de terror salió de la boca del enemigo; la alegría estalla en la boca de los guerreros; resuena en la boca de los guerreros de Zaboí; brilla en las miradas.

«¡Hermanos! los dioses nos han dado la victoria. De los nuestros, unos se coloquen á la derecha, otros á la izquierda. Llevad caballos por todos los valles; los caballos relinchan en torno del bosque. ¡Oh, hermano Zaboí! ¡Oh tú, poderoso leon! es preciso no dejar al enemigo en la tormenta.»

Zaboí embraza de nuevo el escudo, y con la espada en una mano y en la otra el hacha, corre al traves de los senderos contra el enemigo, y los opresores rugen, y es fuerza que cedan. Tras (dios del espanto) los arroja del

campo de batalla : el grito de terror se detiene en su garganta.

Los caballos relinchan en torno del bosque :
« ¡ A caballo, sús, á caballo ! ¡ Sobre el enemigo ! ¡ á caballo ! ¡ al traves de todos los senderos ! Caballos corredores, llevadnos contra ellos, segun lo desea nuestra cólera. »

Los batallones se cierran, y los caballos, tocando crines con crines, arrollan á los opresores. Llueven los golpes; arden en ira, la llanura tiembla, tiemblan las montañas y las selvas, primero á la derecha, luego á la izquierda, todo huye ante ellos.

Corre un río de sangre; como las olas se precipitan sobre las olas, así se precipita la multitud sobre la multitud. El río sepultó á muchos extranjeros, y á los hijos del país condujo á la orilla opuesta.

La salvaje cuadrilla huye en todas direcciones; precipítanse los guerreros de Zaboí; al traves de la llanura se avalanzan furiosos sobre sus opresores, los derriban, los pisan con sus caballos; furiosos cuando ha salido la luna, furiosos una vez puesto el sol, furiosos en las tinieblas de la noche, y pasada la noche, al soplar la brisa de la mañana.

¡ Un río muge feroz ! las olas se precipitan sobre las olas, una multitud sobre otra; todos se arrojan al traves del fragoroso río, que sepultó á muchos extranjeros y á los hijos del país los condujo á la opuesta orilla.

« Allí, sobre la parda montaña, nos espera la venganza. Hermano Zaboí, no estamos muy lejos de la montaña. Mira los rebaños de los enemigos cómo huyen vergonzosamente. Volvamos á los bosques, tú por aquí, yo por allí : perezca cuanto pertenece al rey. »

Los vientos braman al traves del país; la multitud brama al traves del país; al traves del país, primero á la derecha y luego á la izquierda, en tropel, la multitud se adelanta con gritos de alegría.

« Hermanos, mirad; la montaña se oscurece. ¡ Ah ! los dioses nos concedieron la victoria. Las almas vagan acá y allá, de árbol en árbol. El miedo tiembla ante sus tenebrosas alas : solo las hechiceras no temen. Sepultad los cadáveres sobre la montaña; tributad á los dioses una ofrenda de gratitud, cantadles los himnos que son de su agrado, consagradles los despejos de los enemigos que han sucumbido. »

En la coleccion de Hanka hay composiciones mas recientes, y la que sigue pertenece al siglo xv :

Derrota de los Sajones.

— ¡ Oh sol ! ¡ oh amor nuestro ! ¿ por qué nos miras tan tristemente ? ¿ por qué no esparces sino pálidos rayos sobre los oprimidos Bohemios ? Dinos, ¿ adónde fué nuestro príncipe ? Dinos, ¿ dónde quedaron nuestros ejércitos ?

¡ Él ! ha huido á la corte de Oton. Pobre país huérfano, ¿ quién te salvará ? ¿ quién apartará de ti la mano de la desventura ? Mira ; los ejércitos de nuestros enemigos se aproximan. ¡ Qué larga fila de batallones baja de la montaña y se precipita en nuestros valles ! ¡ Pobre pueblo ! Es preciso darles tu oro, tu plata, cuanto posees ; y tus cabañas, los miserables lechos de tus padres, sus soldados los quemarán.

¡ Ah ! ¡ robaban nuestro oro y nuestra plata, devastaban é incendiaban nuestras habitaciones, rechazaban nuestras tropas, y ahora marchan sobre Troski ! No flores, no, aldeano lleno de miedo ; pronto verás crecer y reverdecir en las llanuras de la Bohemia la yerba que ha hollado el enemigo ; pronto podremos coger flores para tejer guirnaldas á nuestros héroes. Mira ; la semilla de la primavera empieza á abrirse ; en breve nos acompañará la fortuna. Nuestra suerte muda de aspecto.

Mira ; Benesh Hermanof convoca á todo el pueblo, y el pueblo arrojará de aquí á los Sajones. Su torrente, cayendo de la escarpada fortaleza, se precipita al traves de los bosques y de los campos, se adelanta armado de azotes, y abruma al enemigo. Benesh va delante, y todos marchan furiosos é intrépidos. ¡ Venganza, gritan, venganza sobre los destructores de nuestra tierra ! ¡ Venganza sobre la raza sajona ! ¡ Venganza, brota de nuestras armas ! ¡ Venganza, inflama los corazones ! ¡ Venganza, brilla en todos los ojos !

Uno y otro profieren salvajes amenazas ; los unos se mezclan con los otros, los palos dan en los palos, las lanzas con las lanzas, y el choque de los cuerpos resuena en el aire como un estallido de la selva ; las espadas, rechazando las espadas, despiden chispas semejantes al rayo ; sonidos espantosos, sonidos terribles, asustan á los gamos del bosque, á los pájaros del cielo. El eco del valle atruena las últimas cimas de las montañas, que lo envían de nuevo á la llanura : el encuentro de los látigos y de los sables imita la voz solemne de la muerte.

Los ejércitos permanecieron firmes é invencibles, con los piés arraigados en el suelo. Benesh escaló una roca, y levantó su espada hácia la derecha del ejército ; pero la fuerza pareció disminuirse, y el arma se dirigió al flanco izquierdo, donde estaba la verdadera fuerza ; sus soldados treparon á las rocas y desde allí arrojaron enormes masas sobre el enemigo.

¡ Oid ! la batalla se reanima ; escuchad hácia la llanura gemidos, ¡ ah ! se quejan, huyen los Alemanes, caen, ¡ la victoria es nuestra !

La Bohemia no ha olvidado las canciones guerreras, ó mas bien los himnos, compuestos por los husitas, y atribuye á Ziska el siguiente :

— ¡ Oh campeones, que custodiáis las leyes eternas de Dios ! implorad aun en su nombre, invocad su presencia ; y pronto el rumor de vuestros pasos detendrá á vuestros enemigos, inmóviles de miedo.

¿ Por qué temblar y rogar ? ¿ No vela por vosotros aquel por quien combatis ? Vida, amor, todo cuanto hay de querido, procede de su voluntad ; él robustecerá vuestros corazones, y os dará fuerza contra el mal.

Recibiréis de Cristo mil clases de bienaventuranza ; en cambio de esta vida terrestre y fugitiva, os dará la eternidad. El que muere por la verdad, vivirá eternamente.

Alzad, pues, muy alto vuestras lanzas, hombres de las fuertes palabras. El valor hará el efecto de las mas terribles armas ; combadireis con intrepidez, ¡ oh siervos del Señor !

¿ Qué temeréis de los enemigos, aunque numerosos ? ¿ Os abandonaríais Dios ? No. Por él y con él venceréis esos vanos y orgullosos ejércitos.

¿ No habéis oido vuestro antiguo proverbio ? Escuchadlo : « Bohemios, ¡ es glorioso servir bajo un noble jefe, llevar su bandera, levantar en alto su victorioso estandarte ! »

Vosotros, profanadores y bandidos, mirad, os circunda el peligro. Estáis suspendidos sobre un abismo de tinieblas y miserias, donde la avaricia y el fraude no tardarán en hundirse. Pensad en ello, pensad, mientras os es aun posible ; huid del peligro, aprovechad el día, hombres imprudentes ! Quien resbala, debe velar sobre los pasos inciertos de los demas.

En el instante del sangriento conflicto, una sola palabra. Tomad las armas en favor de la justicia, y Dios, única fuerza vuestra, animará vuestro brazo ; pero no perdonéis á ninguno, no tengáis compasion de nadie.

Canto de la muerte del caballero.

— ¡ Oh estrellas ! ¡ tan pequeñas, tan hermosas, tan centellantes ; cuya suave luz aclaró mi camino al traves de la noche !

Y tú, mas hermosa que todas, estrella de la mañana, cuyo esplendor me ayudó muchas veces á buscar el lecho de mi esposa ;

Y tú, ¡ oh luna ! adornada de nubes, ¡ cómo despierta vuestro brillo la memoria de mis amores, demasiado distantes ya de mí !

Cuando era niño, mi padre me decia á menudo : « ¡ Pobre hijo mio, tendrás por herencia un pan muy amargo ! »

Mi madre añadía gimiendo : « Pobre niño, ¿ no beberás la vida sino en fuentes casi secas ? »

Á menudo los labios de mi hermano murmuraban : « Pobre chico, cuidado no montes un mal caballo. »

Y hasta mi hermana, toda ternura y bondad añadía : « El sable pende sin gracia de tu costado. »

Y mis amigos exclamaban : « No te fies, no vayas nunca á la batalla, porque en ella se encuentran los dolores y la muerte, y tú no eres capaz de hacer frente al enemigo. »

Vine al campo de batalla, hice frente á un

enemigo, y ahora muero, y mis ojos se dirigen aun á la que he amado.

Estoy sentado sobre mi tumba ; mis amigos están muy distantes, y antes de que conozcan mi suerte, ya los gusanos habrán rodeado su presa.

Erigidme entónces una piedra, allá abajo en el césped del bosque, hácia la parte donde mi amiga viene á disfrutar de la soledad de la noche.

Y si aquel ángel me saludare con un dulce recuerdo, no pido lágrimas ni suspiros, sino una prez de bendición.

Conocida es la habilidad música de los Bohemios. Allí las plazas y los caminos son recorridos por cantantes y vendedores de canciones ; luego, en la primavera, se canta en todas las plazas, se improvisa como en Italia, y á veces se lanzan mutuamente un verso ó una estrofa, formándose de su conjunto un poema entero, que, si es bueno, se conserva en la memoria y se repite.

Como ejemplo del género ligero insertaremos dos pequeñas odas, poniendo al pié el texto (1) :

— Palomita, ¿ dónde has estado vagando, que así te has bañado las plumas, ¡ oh ! palomita de oro ?

Me extravié mas allá del mar, para saber qué hacía la palomita sobre el verde collado.

En un verde bosquecillo dos se enamoraban. De repente cayó sobre ellos ana planta, y los mató á ambos.

Hizo bien el árbol matándolos á los dos ; pues así no se llorarán uno á otro.

Los Polacos cantan aun esta última.

Las dos que siguen están traducidas al italiano por Hernando Pellegrini :

Frio en el corazon.

Estaba nevando el día de San Jorge, y ningún pájaro se veía volar. Una hermosa jóven, seguida de su hermanito, iba con los piés desnudos por valles y llanuras cubiertas de nieve, y en la mano llevaba sus zapatos. Dijo el hermano : « ¿ No tienes frio en los piés ? » y ella le contestó : « No, en los piés no lo siento ; pero sí lo siento en mi corazon, y no es frio de nieve. Infundiómelo mi madre al darmé por esposo á un hombre á quien no amaba. »

(1) Kedes holubúko blaudila,
Fe gsi sve perjeko
Flata holubuko
Fmokrila?
Fblaudila sem pres more,
Abych tam videla
Co holubek dela,
Na zeleny bore.
Wzelenem hageika
Milowali se dwa,
Spaldo na ne drewo,
Jabilo se oba.
Dobre udelalo,
Ze oba zabilo,
Nebude zelti
Geden pro druheho.

El ruiseñor preso.

Saltando sobre un plátano, en lo mas espeso de un bosquecillo, canta un hermoso ruiseñor, y son de amor sus cantos. Un cazador que acierta á pasar por allí, alarga la escopeta; pero, enternecido al oírle, no se atreve á dispararla: « No me mates, que vendré á menudo á tu huerto á modular armoniosas notas en las ramas de tus rosales. » No le mata, pero se le lleva consigo y le encierra en una jaula. Viendo que allí ni gorjea ni levanta la cabeza, le da libertad, y entónces dirige su vuelo al bosquecillo, donde canta: « El ruiseñor, fuera del bosque, permanecerá mudo y traspasado de pena, como un corazon de amor vacío. »

Acabaremos citando una cancion amorosa, traducida al italiano por Félix Francesconi. (*Monumentos poéticos de la edad média fuera de Italia*, Praga 1851.)

« Excelso sol de la patria. ¡ Sobre tus rocas surges altivo, oh poderoso Visegrado, terror del extranjero (1)! Á tus piés la majestuosa Moldavia ve rodar sus olas, y el césped de sus costas convida con su dulce frescura. Allí la suave noche alterna entre el júbilo y el dolor; allí el ruiseñor canta, ya alegre, ya triste, los afanes del corazon. ¡ Ah! ¡ si tuvieses, oh selva, las alas y la voz de tu cantor ¡ querrias volar entónces á la sombra donde mi bella se solaza.

Valles, montes, bosques y prados, todo despierta amor, y á su poder mágico cede el corazon de todas las hermosas. ¡ Amada mía! tambien en tu semblante brille una dulce sonrisa. Oye por fin piadosa los suspiros de un amante. »

§ 19. CANTOS POLACOS, LITUANOS Y RUSOS.

La Polonia, en medio de tantos infortunios, no reunió sus baladas populares; y desgraciadamente, lo mismo que la Rusia, apénas vió consolidada su forma social, solo pensó en copiar á los clásicos, sacrificando á ese objeto la originalidad. Las canciones que sus campesinos saben, son en su mayor parte concisas y rápidas, y encierran en algunos versos, ó un patético recuerdo, ó un sentimiento vivo. En estos últimos tiempos Mickiewicz resucitó algunas canciones populares.

Son conocidos en toda Europa algunos aires polacos, entre ellos la *dunka*. Las *dunkas* mas célebres son la muerte de Gregorio, el adios del Cosaco, la vecina, las lilas. La *mazurka*, la *krakoviaka* acompañan á bailes.

Los Lituanos hablaban diferente lengua, perdida ya, y en ella tuvieron una poesía casera y pastoril, toda modestia, dulzura, diminutivos

(1) Es la acrópolis de Praga, fortaleza hoy amenazadora, un tiempo residencia de los reyes de Bohemia.

carinosos, expresion de un pueblo tímido, que sin fatiga fué estrujado por la férrea manopla de los caballeros teutónicos.

Rheza publicó los *dainos* ó cantos populares eróticos lituanos, que nada tienen de ideal, de fantástico, ni de metafísico; sino suma gracia, tan imposible de expresar como el canto de los pájaros, y de una sencillez infantil.

La partida de la jóven

« Allí donde estaba en pié nuestra hermana, nuestra linda hermana, florecia la rosa, florecian los brillantes lirios; allí nuestra hermana gemia con voz melancólica.

— ¿ Por qué, tierna hermana, por qué esos tristes lamentos? ¿ No sonrien tus dias con la primera juventud? ¿ El que te ama no es un jóven? ¿ Su estatura no es alta y graciosa? ¿ No tiene el corazon tierno? »

— Aunque me sonria la juventud, aunque mi corazon tenga por amigo á un generoso jóven, sin embargo, mi corazon en estos dias se aflige. Debo partir á una tierra lejana, debo abandonar mi cara madre. Pajarillos, no hagáis oír por la mañana vuestros gorjeos, á fin de que pueda permanecer aquí mas tiempo, y dirigir aun una palabra cariñosa á mi querida mamá. »

La huérfana.

« Me enviaron al bosque, á un pequeño bosque, ó recoger bayas silvestres, á buscar en él flores propias de la estacion. No he cogido las bayas, no he buscado las flores. En la solitaria colina, me incliné sobre la tumba de mi madre, y allí derramé amargas lágrimas por su pérdida.

— ¿ Quién llora por mí allá arriba? ¿ Quién pasea en la colina? »

— Soy yo, querida madre: yo, abandonada en el mundo, pobre huérfana. ¿ Quién peñara ahora mis largos cabellos? ¿ Quién lavará mis mejillas? ¿ Quién me dirá palabras amorosas? »

— Vuelve á tu morada, hija mía. Allí otra madre, mas infortunada que yo, adornará tu frente con tus cabellos, esparcirá agua por tu hermoso rostro, allí un jóven esposo te dirá palabras tiernas, que consolarán tu dolor. »

Los Lituanos tuvieron antiguamente canciones heróicas; y Kojalowiez, en su historia de la Lituania, refiere que los campesinos celebraban la gloria de tres mil nobles, que, en 1362, ántes que capitular en la ciudad de Kowino, defendida por ellos, prefirieron incendiarla y perecieron en las llamas.

La mayor parte de las melodías rusas son originarias de la Ukrania; una de las mejores *unkas* de esta, que suministró á Weber el tema de hermosas variaciones, llegó á ser un canto de adios del Cosaco á su amada. Se estima

como una de las mas dulcemente melancólicas, aquella, tal vez alegórica, sobre el chaica, pajarillo de triste canto que vive en los inmensos desiertos de la Rusia Meridional:

« ¡ Oh infeliz chaica! ¡ pobre chaica! Tejiste tu nido cerca del camino.

¡ Chiihi! ¡ chiihi! lanzándome volando hácia el cielo, me es fácil precipitarme en el abismo del mar.

Y todos los que pasan te molestan. ¡ Ay de tí, pobre chaica! Cesa en tu flébil canto.

¡ Chiihi! ¡ chiihi! lanzándome, etc.

La cebada está ya rubia, y los segadores que vienen cogerán tus polluelos.

¡ Chiihi! ¡ chiihi! etc.

Pero la becada arrastra por el moño al chaica que llama á sus polluelos: ¡ chiihi!

¡ Chiihi! ¡ chiihi! etc.

Entónces el toro del prado, doblando una flexible rama: « Cesa de cantar, chaica, ó te clavaré en este prado. »

¡ Chiihi! ¡ chiihi! etc.

¿ Cómo? ¡ no puedo quejarme, ni verter lágrimas, yo madre de estos pobres pajarillos? ¡ Chiihi! ¡ chiihi! lanzándome, etc. »

Las canciones nacionales rusas, de forma popular, son muy interesantes, y unen á la inspiracion eslava tradiciones escandinavas y recuerdos tártaros. Se cantan, principalmente en la Pequeña Rusia, con una melodía suavemente melancólica, y á veces graciosa y viva; y parece que la escala música está hecha para el tono menor, miéntras el mayor se reserva para el baile. Cantan acompañándose con el *gudok*, violin de tres cuerdas, con la *guzla* ó arpa horizontal de cinco cuerdas, y con la *balalaika*, guitarra de dos ó tres cuerdas. Encuentran tambien una gracia particular en los diminutivos, frecuentes no solo en los nombres, sino tambien en los verbos.

El mas antiguo, mejor dicho, el único fragmento antiguo, es un elogio del héroe moscovita Igor, ocupado en una expedicion contra los Polovzos, raza tártara, y escrito quizá por algun eclesiástico de la Pequeña Rusia en el siglo XIV.

En el tiempo de Pedro el Grande, cuando empieza verdaderamente la era de los Eslavos en Rusia, el Cosaco Kische-Danilof publicó, tal vez alterándolas, antiguas poesías moscovitas. tradiciones épicas acerca del czar Wladimiro y de los sublimes guerreros de su corte, los kuyasios, los boyardos, y acerca de la invasion de la Siberia, hecha por el hetman Yermak. Si se efectúa un par de bodas, si llega una embajada, si se gana una batalla, en seguida Wladimiro « el kuyas benévolo, el príncipe cordial, dispone un gran banquete en Kief, su capital; banquete de honor, digno del huésped y de los convidados; á la comida asisten muchos kuyasios y boyardos y poderosos héroes. »

Como los paladines de Carlo Magno, estos *sublimes* guerreros son en la mayor parte fantásticos, excepto Dobryna Nikititsc, contempo-

râneo de Wladimiro, y hermano de una dama, « custodia de las llaves » y camarista de la célebre Olga, regente de Kief y madre de Wladimiro; Dobryna llega á ser *possadnick*, ó custodio de Novogorod.

Otro héroe, Alioska (Alejandro Passovitz) atacó de noche á Woladar, Ruso traidor, que habia conducido á los Pechincos delante de Kief, hácia el año 1000 de J. C. Passowitz dispersó á los Bárbaros y mató al traidor, y en premio Wladimiro le colgó del cuello con su propia mano una cadena de oro, y le nombró *walmosch* de sus guardias de corps.

Un tercer héroe, Ilgia Murometz de Murom, es famoso por haber vencido á un bandido llamado el Ruiseñor, que en realidad es Bogomil, sacerdote pagano, el cual habia excitado al pueblo contra la fe de Cristo. Sobre el ruiseñor se divulgaron mil historias: Ilgia, su vencedor, habiéndose hecho cristiano, llegó á ser santo, y sus huesos se veneran en Kief:

« De la aldea de Korotheffa, en el país de Murom, sale Ilgia, y encuentra al Ruiseñor sentado sobre nueve encinas gigantescas, donde atrae á los viajeros y los *degtiella*. Acércase el valiente boyardo, y le arroja una flecha que le atraviesa el ojo derecho; ligándolo despues con cuerdas, le coloca en el caballo y le conduce á Kief. — Ea (le dice Murometz), haz oír tu voz delante de Wladimiro y de los boyardos que le circundan. — Habla el bandido, y un horrible rumor de silbidos, aullidos y rugidos espantosos hiere los oídos del kuyasio, de su esposa y de sus boyardos.

Bajo el espeso bosque de Murom, en la aldea de Korotheffa, está sentado Ilgia; inmóvil, como un niño acabado de nacer, permaneció treinta años en su asiento sin cambiar de puesto. Su padre le reprendia aquella inercia, y le decia: — Levántate, acostúmbrate al trabajo. — En vano; sus brazos seguian inertes. Pero el Cielo quiso que este gran guerrero reuniese y concentrase todas sus fuerzas en un profundo y formidable silencio; preparábase en el reposo un valor, de que el porvenir debía asombrarse.

Pasan treinta años. Ilgia se levanta de su asiento; está en pié, gigantesco boyardo, admiracion y alegría de sus padres. « Dame un caballo, oh padre (dice); bastante he permanecido sentado; quiero ver el país.

— Hijo mio, no tengo caballo que darte: el que poseo es viejo y malo. Quédate en casa; aprende á trabajar. ¿ Por qué emprender esa correria? »

El jóven boyardo pide el caballo viejo; será su corcel de batalla. Tres dias lo monta; lo baña en el rocío de la mañana, lo frota con la yerba húmeda; el caballo achacoso recobra su vigor, Ilgia se presenta entónces á sus padres, suplicándoles le concedan su bendicion: esta bendicion será la espada que penderá de su cintura. Despidese de ellos con afecto; se vuelve hácia los cuatro puntos cardinales, se